Una gran historia de vida inspirada en hechos reales

SUSAN MEISSNER

UNA VIDA POR DESCUBRIR

ESPASA

Susan Meissner

Una vida por descubrir

Traducción de Milo J. Krmpotić

ESPASA

Título original: *Secrets of a Charmed Life*

© Susan Meissner, 2015
Publicada de acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.
© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, S. L. U., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-670-6306-6
Depósito legal: B. 6.363-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Kendra

Los Cotswolds, Inglaterra

La casita de campo inglesa, de piedra tostada y cercada por las zarzas, tendría un aspecto atemporal, como de cuento de hadas, de no ser por los globos metalizados atados a la verja de la entrada que se mecen al viento. La hiedra corretea de manera infantil por las paredes de la casa y se extiende hasta las ventanas del segundo piso, donde se amansa y adopta unos bordes más civilizados al rodear las aberturas de cristal doble. Debajo de los alféizares, la malvarrosa de tonos pastel se eleva en hileras majestuosas. Cuando entro en el camino de acceso, el crujido de las ruedas sobre la gravilla suena como un aplauso, y resulta apropiado porque la mujer a la que voy a entrevistar cumple hoy noventa y tres años. Echo el freno de mano en el coche que me han prestado y me estiro para coger la bandolera del asiento del copiloto. Nada más poner un pie fuera del vehículo siento que paso a formar parte del encanto propio de una postal del mes de abril en los Cotswolds. No creo que me inviten a quedarme a la fiesta, pero de todos modos no pierdo la

esperanza de que así sea. He llegado a adorar la manera en que los ingleses celebran las ocasiones especiales con sus fiestas vespertinas.

Isabel MacFarland es una desconocida para mí, aunque me han dicho que seguramente habré pasado por delante de alguna de sus acuarelas que se venden en las tiendas de regalos de Oxford. Aún no he oído su voz. Con uno de mis profesores como intermediario, aceptó que la entrevistara acerca de su experiencia como superviviente de los bombardeos de Londres, y eso se debió solo a que la primera persona con la que había acordado hablar murió mientras dormía en una residencia geriátrica de Banbury. Y hoy era el día que mejor nos iba a las dos y que me permitiría cumplir con la fecha de entrega, hacer los exámenes finales, despedirme a regañadientes de Oxford y de mis estudios en el extranjero y regresar a California.

Salgo del coche y me felicito mentalmente por haber llegado sana y salva al pueblo de Stow-on-the-Wold, sin haberle arruinado el día a nadie por el camino. En los cuatro meses que llevo siendo alumna visitante en el Keble College de Oxford, he pedido este coche prestado tres veces sin contar el día de hoy: la primera, para ver si me atrevería una segunda vez; luego, para prepararme para la tercera, y, la más reciente, para llevar a mis padres y a mi hermana al castillo de Warwick y a Stratford-upon-Avon cuando vinieron a visitarme al final del primer trimestre. Según las estadísticas, no me merezco ninguna palmadita en la espalda por haber llegado entera hasta aquí. Al parecer, para un norteamericano las primeras experiencias conduciendo por el lado equivocado de la carretera son las más seguras. Es al cabo de

una docena de viajes al volante cuando la cosa se vuelve peligrosa, porque se baja la guardia, uno se olvida de dónde está. Y entonces uno gira de manera fatídica por una calle en contradirección cuando sus sentidos se ven embotados por el exceso de confianza.

La salida de hoy, la cuarta vez que conduzco un coche en Inglaterra, se encuentra muy por debajo de la marca que señala esas experiencias múltiples, y lo más probable es que no vuelva a conducir antes de que acabe el semestre. Hoy tampoco hubiera necesitado un coche, ya que hay una estación de tren en Moreton-in-Marsh, un pueblo cercano, pero también hay ocho kilómetros de paseo por estrechas carreteras rurales entre las dos localidades y un autobús que hace la ronda esporádicamente. Penelope, mi compañera de habitación, una ciudadana británica nacida en Mánchester que ha tenido las agallas de prestarme repetidamente su coche, insistió en que lo cogiera.

Me detengo un momento fuera del coche e inspiro los aromas a hierba y a cielo y a rocío, realmente refrescantes después de estas semanas de tubos de escape urbanos. A mi alrededor no hay más que campos de terciopelo rectangulares delimitados por grupos de árboles y viviendas dispersas que rezuman un encanto novelesco. Algunas de las casas más cercanas tienen techos de paja; otras no, pero todas ellas tienen las paredes de piedra tostada y da la sensación de que, si les dieras un lametazo, sabrían a dulce de leche. Una figura aparece en una puerta arqueada y adornada con una enredadera de rosas. La mujer se seca las manos con un trapo y me sonríe. Lleva el pelo gris cortado a la moda, con un lateral más largo que el otro. Entiendo que se trata de Beryl Avery, la

mujer que vive con Isabel MacFarland y que se encarga de cuidarla a ella y a la casa, además de ser la persona que me indicó cómo llegar hasta aquí.

—¡Nos has encontrado! —me dice en voz alta.

Cierro la puerta del viejo Austin-Morris de Penelope.

—Tus indicaciones han sido perfectas. ¿Puedo aparcarlo aquí?

—Sí, está bien. Entra.

Al abrir la verja, los globos golpean entre sí y rebotan de un lado a otro. Uno de ellos intenta agarrarse a la correa de mi bolso cuando paso junto a él, y yo lo aparto suavemente con el codo.

La señora Avery me espera con la puerta abierta, que está pintada y esmaltada de color rojo cereza.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir. Soy Beryl Avery, pero, por favor, llámame Beryl. —Me indica con la mano libre que entre.

—Kendra Van Zant. Muchas gracias por dejarme venir, sobre todo con la cantidad de trabajo que tendrás más tarde. No sabes lo agradecida que te estoy por ello.

Beryl cierra la puerta a nuestras espaldas. Supongo que tendrá sesenta y muchos. Huele a pastel, crema y a otros postres dulces. Tiene una mancha de harina en un lado de la mandíbula.

—No es ningún problema —dice con entusiasmo—. Me alegro de que estés aquí. La tía no suele hablar demasiado de sus experiencias durante la guerra, y a todos nos gustaría que lo hiciera, ¿sabes? Cuando alguien le pregunta al respecto, ella le chista, como si nadie pudiera estar interesado en cosas que sucedieron hace tanto tiempo. Pero por supuesto que nos interesa. Muchísimo,

teniendo en cuenta lo que le pasó. Ha sido una sorpresa muy agradable que aceptara hablar contigo.

No sé qué responder a eso porque para mí también es una sorpresa que la anciana haya aceptado. El profesor Briswell me dijo que la señora MacFarland, conocida artista de la zona y amiga de su difunta madre, fue expulsada a bombazos de su hogar durante la guerra, pero también que nunca hablaba sobre ello.

—Le habría preguntado por qué ha aceptado si no tuviera miedo de gafarte o de hacer que cambie de idea —prosigue Beryl.

Estoy a punto de preguntar por qué la señora MacFarland se ha mostrado tan reticente a la hora de hablar de la guerra, para así saber qué preguntas debo evitar, pero Beryl llena la pequeña pausa antes de que pueda hacerlo yo.

—También tengo que decirte que hoy parece estar un poco perdida en sus pensamientos. Quizá debas darle un poco más de tiempo para que conteste a tus preguntas. Probablemente se deba al revuelo de la fiesta.

—¿Le sigue pareciendo bien que haya venido hoy?

Beryl ladea la cabeza.

—Creo que sí. No sé si *bien* es la palabra adecuada. La tía no es lo que se dice una persona expresiva. Creo que se muestra conforme con el hecho de que estés aquí. Me parece que está más preocupada por la fiesta de esta tarde. No quería ningún alboroto y me temo que eso es exactamente lo que va a tener. Nadie quiso escucharme cuando dije que ella no esperaba una gran celebración.

Pasamos de la estrechez del recibidor a una sala de estar que parece tan cómoda y acogedora como uno de los agujeros hobbit de Tolkien. En medio de la estancia hay

un gran diván de color verde helecho con un sofá de dos plazas a juego, y ambos están separados por unas mesas cuya superficie de cristal está ocupada por montañas de libros y floreros con narcisos. Unas alfombras persas cubren el suelo de madera. En una esquina hay un carrito de té; en otra, un gabinete de curiosidades, y en una tercera, una estantería en forma de ele. En las paredes se alinean unas hermosas acuarelas que muestran a unas niñas con paraguas de lunares.

—¿Esas pinturas son de la señora MacFarland? —pregunto.

—Sí, así es —contesta Beryl—. Están por todas las habitaciones. Es una artista consumada, pero eso probablemente ya lo sabes. Las niñas con paraguas son la marca de la casa. Ahora está demasiado mal de la artritis para seguir pintando, tuvo que dejarlo hace un tiempo. —Beryl suspira—. Aquel fue un día difícil. Pero, si quieres saber mi opinión, ha tenido muchos días difíciles. Demasiados. —La mujer sacude ligeramente la cabeza, como si quisiera quitarse de encima el peso de la angustia de la que ha sido testigo—. ¿Por qué no te sientas aquí, en el sofá, mientras voy a buscarla?

Beryl sale de la habitación y yo me siento en el sofá de dos plazas. Recoloco los almohadones para acomodar la espalda. Ahora me llegan voces de otras partes de la casa, y unas carcajadas procedentes del patio trasero. Hay un niño que chilla. Otro grita que es su turno. Una voz adulta y más tranquila ordena con tono de abuelita a alguien llamado Timmy que comparta el columpio con otra persona llamada Garth, o lo mandará para adentro.

Saco la grabadora de la bolsa y la coloco ante mí, sobre la mesa, esperando que a Isabel no le moleste que

grabe la conversación. Miro las preguntas que he anotado en la libreta y decido que voy a dejarme guiar por sus respuestas. No quiero sabotear la entrevista preguntando demasiadas cosas demasiado pronto. En el momento en que saco un portaminas, oigo un ruido de pies que se arrastran.

—Estoy bien, Beryl —dice una voz en tono grave pero endulzado por la edad—. ¿El té está listo?

—Oh, sí. La bandeja está lista —responde Beryl desde el pasillo, aunque permanece fuera de mi vista.

—Maravilloso. Puedes traerla directamente.

—¿Y tu medicina?

—Solo el té, gracias.

—Pero ayer tampoco te la tomaste.

—Bueno, no montes un escándalo, Beryl.

Isabel MacFarland entra en la habitación. Es un suspiro de piel fina como la celulosa, cabello blanco e ingrávido, y huesos de aspecto frágil. No obstante, viste de manera impecable, con una falda de color lavanda que le llega por las rodillas y una blusa de color crema con botones satinados. Unas bailarinas negras envuelven sus pies. Lleva puesto un collar dorado, las uñas pintadas de un reluciente color rosa claro y el cabello algodonoso recogido hacia atrás con una peineta de nácar. En las manos tiene un rectángulo envuelto en tela, con forma de libro y atado con un lazo.

Me levanto de mi asiento por si es necesario que la ayude.

—Señorita Van Zant. Me alegro mucho de conocerla. —Su acento inglés no es como el de Beryl. Parece estirar más las palabras.

—¿Puedo ayudarla? —Doy algunos pasos hacia ella.

—No hace falta, gracias. Por favor, siéntese.

Regreso al sofá de dos plazas mientras ella se agacha lentamente sobre el diván frente a mí.

—Muchísimas gracias por recibirme —le digo—. Y además el día de su cumpleaños.

Ella descarta mi gratitud con un gesto de la mano.

—Es un día como otro cualquiera.

Beryl aparece en el umbral con una bandeja de té.

—No se cumplen noventa y tres años todos los días, tía.

Isabel MacFarland sonríe como si se le acabara de ocurrir algo gracioso. Beryl deja la bandeja sobre la mesa y le da a la señora MacFarland su taza, que ya lleva leche y azúcar. Entonces me da una taza a mí y yo le añado una cucharada de azúcar. El ruido que hacen las cucharas de plata al revolver una taza de porcelana inglesa es uno de los sonidos que más echaré de menos cuando regrese a Estados Unidos.

—Gracias, Beryl —dice la señora MacFarland—. Puedes dejar la bandeja aquí. ¿Serías tan amable de cerrar la puerta, para que no molestemos a nadie?

Beryl pasea la mirada entre la señora MacFarland y yo con una inconfundible expresión de decepción en su rostro.

—Por supuesto —dice con alegría fingida. Se dirige hacia la puerta y nos vuelve a mirar con una sonrisa cortés que sin duda le habrá costado su esfuerzo. Entonces cierra la puerta con suavidad a su espalda.

—Creo que tenía la esperanza de poder quedarse con nosotras —me arriesgo a decir.

—Beryl es una compañera adorable y no podría vivir aquí sola sin ella, pero prefiero tener libertad para poder decir lo que quiera, si no te molesta.

No estaba preparada para tamaña sinceridad.

—Claro. Por supuesto.

—Cuando uno alcanza esta edad, la debilidad física lleva a que la gente piense que también eres débil en otras cuestiones, incluyendo la capacidad para tomar tus propias decisiones. Reunirme contigo hoy ha sido decisión mía. Y es decisión mía contarte lo que sucedió durante la guerra. Ni necesito ni quiero a la buena de Beryl dándome golpecitos en la mano, o diciéndome que no respondo de manera adecuada a tus preguntas. ¿Puedo llamarte Kendra?

—Sí. Sí, por supuesto.

La señora MacFarland toma un trago de su taza y se recuesta contra el diván.

—Tú puedes llamarme Isabel. Y bien, ¿estás disfrutando de tus estudios en Oxford, Kendra?

Su interés por mi vida tiene un efecto maravillosamente relajante.

—Voy a tener una pataleta cuando me tenga que marchar de aquí, a finales del mes que viene. He disfrutado al máximo de esta experiencia. Hay tanta historia comprimida en un solo lugar... Es embriagador. —Supongo que he contestado como una verdadera estudiante de Historia.

—¿Y el lugar del que vienes no tiene historia?

—La tiene, pero supongo que es diferente. Y no es tan antigua. En mi ciudad, el edificio más viejo no llega a los doscientos años. Es una casa común y corriente.

Ella me sonríe.

—He aprendido a apreciar las casas comunes y corrientes.

Me sonrojo un poco.

—Con eso no quiero decir que su casa no sea encantadora, señora MacFarland. Tiene un hogar precioso. ¿Ha pertenecido a su familia desde hace mucho?

—Llámame Isabel, por favor. Y sí, se podría decir que lleva muchísimo tiempo en mi familia. Entonces, ¿eres estudiante de Historia?

Asiento con la cabeza y le doy un sorbo a mi taza.

—¿Y qué es lo que te atrae de la historia?

Nunca he entendido que me pregunten de manera rutinaria por qué me interesa la historia, como si el tema no tuviera ningún atractivo para la gente que no está especializada en él. Durante mi último año de instituto, cuando los adultos e incluso otros alumnos me preguntaban qué quería estudiar y yo les contestaba, la siguiente cuestión era siempre que les explicara mis motivos. Tres años después aún me lo siguen preguntando.

—¿Cómo podría alguien no sentir interés por la historia? —Esbozo una sonrisa para que no se ofenda.

En serio, ¿cómo es posible que alguien que sobrevivió a los bombardeos de Londres se cuestione mi aprecio por la historia? El escritor Michael Crichton dijo: «Si uno no sabe de historia, no sabe de nada. Es una hoja que ignora formar parte del árbol».

A Isabel le ha parecido gracioso que le contestara con una pregunta.

—Ah, pero ¿qué es la historia? ¿Es el registro de cuanto sucedió o más bien nuestra interpretación de esos sucesos?

—Creo que las dos cosas —contesto—. Tiene que ser ambas cosas. ¿De qué te sirve recordar un suceso si no recuerdas lo que te hizo sentir? La manera en que im-

pactó a otras personas. Lo que les hizo sentir a ellas. No aprenderías nada, nadie lo haría.

Isabel aprieta los labios hasta que dibujan una línea fina y severa, y yo me pregunto si la he ofendido y acabo de arruinar mi última oportunidad de hacer la entrevista.

Pero entonces Isabel inspira profundamente y puedo percibir que no está molesta conmigo.

—Tienes toda la razón, querida. Toda la razón. —Toma otro sorbo de té y su boca se entretiene sobre el borde de la taza. Durante un momento parece estar muy lejos de aquí, perdida en un recuerdo, un viejo y doloroso lugar de la memoria. Entonces devuelve la taza al platito y emite un suave sonido rasposo—. Bueno, ¿y qué piensas hacer cuando vuelvas a Estados Unidos, Kendra?

—Pues me queda otro año en la USC y después espero matricularme directamente en un posgrado —me apresuro a responder, ansiosa por acabar con las trivialidades y pasar a la razón por la que estoy aquí—. Quiero doctorarme en Historia y enseñar en la universidad.

—Una mujer joven con objetivos. ¿Y qué edad tienes, querida?

No puedo evitar soltar un respingo. La gente solo te pregunta por tu edad cuando piensan que la respuesta será de algún modo relevante para ellos. Por lo general, nunca es así.

—No hace falta que me lo digas, por supuesto. Es solo que me lo estaba preguntando —añade ella.

—Tengo veintiuno.

—Te ha molestado que te lo preguntara.

—En realidad no. Es solo que me sorprende cuando me lo preguntan. No sé qué importancia puede tener.

—Pero ese es precisamente el motivo por el que te mo-

lesta. Yo también me sentí así en su día. La gente te trata de manera diferente cuando piensan que eres demasiado joven para saber lo que quieres.

El resentimiento da paso con lentitud a una sensación de afinidad.

—Sí, así es.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Eres la mayor de tu familia?

—Tengo una hermana cuatro años menor.

—Una hermana. ¿Nada más?

Asiento.

Ella parece necesitar un momento para procesar la información.

—Había supuesto que serías la mayor. Nosotros, los primogénitos, somos gente determinada, ¿verdad que sí? Tenemos que serlo. No hay nadie que nos marque el camino dejando un rastro de migas de pan. Nosotros somos los que abrimos ese camino. Y los más pequeños nos miran. Nos observan... Leen nuestras señales, incluso cuando no queremos que lo hagan. —Se termina el té y deja la taza con cuidado sobre la bandeja.

No sé muy bien adónde quiere llegar.

—Supongo. Quizá. No sé si mi hermana estaría de acuerdo. Es una chica de convicciones fuertes. Creo que diría que las migas de pan se las deja ella misma.

Isabel se ríe de manera ligera y luminosa. Es el tipo de carcajada que brota cuando se desencadena un recuerdo, el tipo de recuerdo que quizá no fuera para nada gracioso cuando se generó.

—¿Cómo se llama tu hermana? —me pregunta mientras su risa se disipa.

—Chloe.

Ella cierra los ojos, como si saboreara la palabra.

—Qué nombre tan bonito. —Abre los ojos—. ¿Tienes una foto de ella?

Saco el móvil de la bandolera y elijo una foto en la que aparecemos Chloe y yo delante de la Christ Church durante el último día en que mis padres y ella estuvieron aquí. Mi hermana es morena, como yo; lleva el cabello igual de largo que el mío y tiene el mismo color de ojos azul grisáceo. Pero le pone kétchup a todo, juega al *lacrosse*, toca el violín y quiere ser ingeniera civil. Estamos unidas, pero ninguna de esas cosas me interesan. Ni siquiera el kétchup.

Estiro el brazo para acercarle el teléfono y ella estudia nuestros rostros sonrientes en el móvil.

—Se parece a ti —dice Isabel.

—En realidad, nos parecemos a nuestro padre. —Busco una foto de mis padres tomada ese mismo día. Los rizos rojizos de mi madre danzan en la brisa y su sonrisa es tan amplia que tiene los ojos completamente entornados. Papá, que tiene los ojos azules y el cabello marrón con una pincelada de gris en las sienes, la rodea con el brazo. Sus cabezas están a punto de tocarse.

Isabel vuelve a estudiar la foto, memorizándola. Entonces me devuelve el teléfono.

—Tienes una familia encantadora, Kendra. Espero que sepas lo afortunada que eres.

Nunca he sabido qué responder cuando me dicen que tengo una familia encantadora. No es mérito mío, así que dar las gracias me parece ridículo. Pero eso es lo que hago mientras sonrío y vuelvo a meter el móvil en la bolsa.

—Bien —dice Isabel, y percibo que al fin voy a dejar

de ser el foco de su atención—. Charles me ha dicho que esta entrevista es algo más que un simple trabajo de clase.

Tardo un segundo en conectar a ese Charles con el profesor Briswell.

—Sí. El mes que viene se celebrará el septuagésimo aniversario del Día de la Victoria en Europa. Otro de mis profesores ha llegado a un acuerdo con un periódico de Londres, que publicará los cinco mejores trabajos finales durante la semana del 8 de mayo.

Observo su rostro con atención para ver si esta información adicional va a convertirse en un problema para mí.

—Entonces, ¿lo que escribas lo leerá mucha gente?

—Solo si mi trabajo es uno de los elegidos. Y no sé si lo seleccionarán. ¿Tendrías algún problema si lo eligieran?

—Pero vas a escribir para ganarte una de esas plazas, ¿verdad? Te haría feliz que escogieran tu trabajo.

—Pues sí.

—¿Ese otro profesor es amigo de Charles? ¿Puedes contar con que juzgue tu trabajo solo por la solidez de tu escritura? Sería una lástima que la descartara porque uno de sus colegas profesores te ayudó a conseguir una entrevista.

Aún no me ha quedado claro si el hecho de que el trabajo que voy a hacer pueda ser publicado por un periódico londinense es una ayuda o un inconveniente.

—No sé si son amigos. Supongo que lo serán, porque dan clase en la misma universidad. Por casualidad le comenté al profesor Briswell que estaba en apuros con otra materia. Y él tuvo la amabilidad de ayudarme.

Isabel se echa hacia atrás y puedo ver que se siente satisfecha con mi respuesta.

—¿Qué te ha contado Charles de mí? —me pregunta.

Estuve investigando los efectos de los bombardeos sobre la población femenina de Londres y solo me faltaba realizar una entrevista para redactar el trabajo y acabarlo. Cuando la mujer a la que iba a entrevistar se murió, ya era demasiado tarde para cambiar de tema sin sumar un retraso que haría imposible que acabara el trabajo a tiempo. Eso es lo que le comenté al profesor Briswell de pasada, y él me contó que quizá podría convencer a una vieja amiga de la familia para que me ayudara. No obstante, esa persona solía negarse a hacer entrevistas, incluso cuando estaban relacionadas con sus acuarelas, por las que era conocida en todo el suroeste de Inglaterra. Se lo iba a preguntar de todos modos, y le explicaría que yo estaba en una situación difícil. Pero me dijo que seguramente obtendría una respuesta negativa.

—Me comentó que normalmente te niegas a dar entrevistas.

Ella sonríe.

—¿Eso es todo?

—Dijo que eras famosa por tus acuarelas. Me encanta tu obra, por cierto.

—Ah, sí. Mis niñas con paraguas.

Vuelvo la cabeza hacia uno de los cuadros más prominentes de la habitación: una niña con un vestido rosa atraviesa un prado de margaritas húmedas y relucientes mientras sostiene el paraguas blanco con lunares rojos marca de la casa. El sol asoma valeroso entre unas nubes intencionadamente rollizas.

—¿Siempre has pintado niñas con paraguas?

—No. No siempre —contesta con rapidez, sin vacilar. Pero la manera en que ha estirado la última palabra me

indica que hay algo más detrás de esa respuesta. Aunque espero que continúe, ella no me cuenta nada más.

—Dime, Kendra —empieza Isabel después de esa pausa—. ¿Qué es lo que te gustaría saber acerca del bombardeo de Londres? Supongo que hay docenas de libros ahí fuera. ¿Qué información te falta que no puedas leer en un libro?

Balbuceo en busca de una respuesta.

—Bueno, ejem, además de que se me pide que entreviste a alguien, creo... creo que la información es solo la mitad de cualquier historia humana. La experiencia personal es la otra mitad. Y no puedo preguntarle a un libro qué se siente al haber sobrevivido a las bombas.

Isabel inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Es eso lo que quieres preguntarme? ¿Qué sentí cuando bombardearon mi casa?

Se me ocurre que he planteado una pregunta bastante obvia, que sin duda tendrá una respuesta igualmente obvia. De repente, todas mis preguntas me provocan una desconfianza extraordinaria. Le echo un vistazo al cuaderno que tengo en el regazo y cada una de las frases de la lista me parece superficial.

«¿Cómo eran las cosas en el refugio noche tras noche?»

«¿Tuviste miedo?»

«¿Perdiste a algún ser querido o a algún conocido?»

«¿Te preguntaste si aquello iba a terminar alguna vez?»

—¿Piensas encender esa cosa?

Levanto la cabeza de golpe. Isabel señala la pequeña grabadora sobre la mesita de café.

—¿Te importa?

—Quizá será mejor que la enciendas, ya que la has traído.

Al inclinarme sobre la mesa para darle al botón de grabar, el cuaderno se cae de mi regazo y aterriza sobre la gruesa alfombra persa que hay a mis pies.

Al cerrar la mano en torno a él, me doy cuenta de que en realidad solo hay una pregunta posible para esta mujer que se ha negado a conceder entrevistas durante setenta años, y que hace menos de diez minutos me ha dicho, tras pedirle a Beryl que cerrara la puerta, que solo iba a contar aquello que le apeteciera.

Dejo el bloc sobre el cojín del asiento a mi lado.

—¿Qué te gustaría contarme acerca de la guerra, Isabel?

Ella me sonríe, satisfecha y quizá impresionada al ver que he descubierto con tanta rapidez que esa es la única pregunta a la que dará respuesta.

Hace una nueva pausa y a continuación dice:

—Bueno, para comenzar debes saber que no tengo noventa y tres años. Y que no me llamo Isabel.